

Nuestra bomba de neutrones

Ramón Massó Tarruella

En noviembre de 1975 se cerró un largo periodo de nuestra historia. Un paréntesis, más bien. Libres del corsé que nos oprimía, quedaron al descubierto gravísimos problemas políticos, sociales y económicos. Nuestra situación de ruina tenía algo que ver con la Alemania de 1945, tras la guerra. Se imponía la reconstrucción y el relanzamiento del país.

Las apariencias externas, no obstante, prolongaban el engaño. Los edificios permanecían en pie, circulaban los automóviles, funcionaban los electrodomésticos... No había escombros materiales visibles. Con metáfora actualizada podríamos decir que aquí había caído una bomba de neutrones, el polémico artefacto de nuestros días que mata habitantes y conserva objetos. Una bomba cuyos profundos alcances será difícil describir.

El espejismo de lo aparente deslumbró, en cambio, a la mayoría pensando que la democracia nos haría iguales, en poco tiempo a los países europeos. Había conciencia de que era preciso reformar, pero no, de que era imperativo reconstruir.

Tal vez sea por eso que, a los tres meses de celebradas las primeras elecciones, se perciba en el ambiente un creciente clima de decepción, pesimismo, angustia, desorientación... Las voces de alarma surgen, no ya de la derecha más extrema —de quien cabía esperar lógicamente la más resentida crítica— sino también de la derecha civilizada, del centro-izquierda, de la izquierda y aún de más allá.

El ciudadano, en general, se cree defraudado. Tiene la sensación de que el país va a la deriva, de que los proyectos no son realizables, de que estamos en un callejón sin salida.

Limitándonos, por ejemplo, a la cabeza responsable del gobierno, la óptica con que se le ve públicamente ha cambiado. De aquel «Suárez no es nadie» de hace un año; se pasó al posterior e injustificado «Suárez tiene la solución» para acabar en un escepticismo que se formula en frases como «el presidente ya no sabe lo que hay que hacer».

Ciertamente, el país está al borde de la crispación y de la neurosis política. Pero, en ocasiones tales, bueno es detenerse a realizar un diagnóstico de acuerdo con el consejo del psicólogo americano C. Rogers cuando afirmaba que la superación de la neurosis estaba en aceptar la realidad que nos rodea y aceptarse también a uno mismo. Es decir, que una persona equilibrada «que funciona plenamente es aquella que se mantiene en un estado de apertura a la apariencia — a la realidad— y en un esfuerzo flexible y equilibrado para satisfacer las necesidades —resolver los problemas—, aceptando las condiciones dadas».

Diagnosis: Seguimos en la Pre-democracia

Unas semanas antes de las elecciones legislativas expuse el extraño «poliling» de las elecciones, tan propio de una etapa pre-democrática. Aquellos síntomas que tanto escandalizaban a algunos politólogos — como el baile de siglas o el abultado porcentaje de encuestados (del 50 al 60%) que ante las preguntas no sabían o no contestaban— me parecían lógicos en una etapa inicial de inmadurez electoral, si bien desaparecerían o disminuirían después de las elecciones. El pronóstico se cumplió.

Pero el primer paso que suponen unas elecciones legislativas no puede, en ningún caso, significar la entrada mágica de la democracia; porque ése es un camino duro y lento del que somos millones los protagonistas.

De ahí que subsistan aún circunstancias que caracterizan el síndrome pre-democrático, síntomas que se dan en mucha menor medida en las democracias avanzadas, pero que aquí afectan todavía a los líderes, a los programas, a los militantes y cómo no, a los ciudadanos. El país va madurando lentamente en la democracia, y por ello, no es extraño que los problemas se acumulen y que confundamos el orden de su prelación. Son indicios parecidos a los de la adolescencia.

Y es que cuarenta años de ineducación política no pueden salvarse en sólo dos. Si nuestro pueblo tiene capacidad política —y no hay duda de que lo está demostrando— se trata, no hay que olvidarlo, de una capacidad natural, de ningún modo heredada ni aprendida.

Tal vez el horizonte hubiera sido más esperanzador ahora, si en lugar de elegir para la transición la pseudo-ruptura (sistema suavemente progresivo, gradual, de pequeños tirones, que ha exigido intermitentemente una movilización de la calle, en ocasiones con pago de vidas humanas) hubiéramos optado por la verdadera ruptura, la «trencadissa». Psicológicamente, nos hubiera sido más útil para no esperar milagros repentinos, para tomar conciencia de que, por fuerza, habíamos de partir de la nada.

Si por ejemplo, un buen día nos hubiéramos despertado como los portugueses el 25 de abril de 1974, viendo que el poder cambiaba de manos (con todas las elecciones, intenciones y cambios que se produjeron) tal vez hubiera cuajado en la mayoría de los ciudadanos la conciencia de que pasar de la dictadura a la democracia es algo complejo y difícil por el que hay que pagar un alto precio.

Por desgracia no está generalizada la convicción de que no podemos prescindir de ese costo. Es entonces cuando surge el nerviosismo, la desorientación y una

dura calificación moral para acontecimientos que, en realidad, son pura y simple mutación biológica o el fruto del juego político de cada día.

Todo ello es lo que podríamos definir como una neurosis colectiva que está surgiendo por todo el país con el riesgo de que se convierta en una epidemia. La neurosis de la falta del realismo.

Perder el miedo al miedo

De la confusión general participan no pocos líderes. No es fácil desembarazarse del pasado y abandonar fórmulas y hábitos, que, si fueron efectivas en otros tiempos, no responden ya a las realidades de hoy. Pero si Lenin habló de la inutilidad del revolucionario de primera hora, una vez que la revolución ha triunfado, podríamos ahora referirnos a tantas jiruras de la oposición y del partido en el poder a los que habría que recordar que se impone perder el miedo al miedo y aceptar nuestras «circunstancias objetivas».

Y también habría que mencionar la obsolescencia actual de muchos empresarios que tuvieron éxitos económicos en épocas franquistas y que pretenden mantener un «status» favorecedor en el mismo grado.

Unos por egoísmo, otros por irrealismo y por imprevisión los más, colaboran a que no acertemos a salir de este callejón sin salida, porque se nos enseñó la música de la democracia, pero no su letra.

Dirigentes y organizaciones se encuentran ante la obligación de hacer aprender a sus militantes —y a todos los ciudadanos— la complejidad y contradicciones de una etapa pre-democrática. Estaríamos en la vía clarificadora que indica el aforismo clásico: «Planter con claridad los problemas es tener medio andado el camino».

Tal vez el Gobierno y las propias Cortes, elaborando calendarios diáfanos y exponiendo con suficiente claridad el contenido de cada uno de los plazos, contribuirían a devolver al país la serenidad perdida, que permitiese hacer frente a cada uno de los graves problemas que tenemos; sin que nos persiguiese el fantasma de la desorientación.

Ha dicho Felipe González que «la democracia es de cristal». Yo completaría la afirmación del líder del PSOE señalando que la pre-democracia es todavía más frágil. No debe someterse, por tanto, si no es con cautela, a los enfrentamientos dialécticos habituales de una plena democracia, aunque ello nos duela.

Como responsable y digno de agradecer se nos presenta la actitud del «ulópico» senador Xirinacs quien, ante la relativa modestia de lo conseguido en el restablecimiento provisional de la Generalitat, afirmaba: «Cal pagar aquest preu, mal que ens dolgui». Esto es praxis política. El irrealismo es lo que Rogers calificaba de neurosis.